

tado y equilibrado del conflicto, que se interroga, además, acerca de cuestiones que, por su propia naturaleza, serán objeto de posteriores y productivos debates, pero que resultan cruciales para ampliar nuestro conocimiento de la sociedad que vivió la guerra. Esta valentía es especialmente perceptible en su interés por reflexionar sobre las actitudes de los combatientes durante el conflicto y el calado que los discursos y políticas insurgentes pudieron tener entre ellos. Y es ahí donde pienso que puede hacerse algún pequeño apunte. En particular, la «desideologización» de los soldados rebeldes, que el autor plantea como eje principal de buena parte del libro, conduce, en mi opinión, a minimizar la importancia de los componentes culturales y emocionales y ello, a su vez, puede llevar a dibujar un escenario en el que, pese a las circunstancias extraordinarias que todo contexto bélico inaugura, «nadie quiso luchar»: esa mayoría de la población, recientemente calificada como la «cuarta España», que estaría conformada por quienes únicamente querían sobrevivir. Sin negar que la supervivencia, el pragmatismo o la despolitización constituyeron variables fundamentales para entender las actitudes y comportamientos de los combatientes, en el proceso de identificación con el bando rebelde no podemos dejar de lado los componentes ideológicos. Las ideas, la religión, el nacionalismo o las emociones también dieron forma a las experiencias individuales y colectivas de quienes acudieron al frente, aunque demostrar esto resulte más complejo –y también más incómodo– que evidenciar el carácter forzoso –y por otra parte, indudable– del reclutamiento. El libro de Leira, como buen libro de historia, replanteará muchas cuestiones. Pero el debate no está, ni mucho menos, cerrado.

Claudio Hernández Burgos
Universidad de Granada

Alfonso BOTTI

Con la Tercera España. Luigi Sturzo, la Iglesia y la Guerra Civil Española
Madrid, Alianza Editorial, 2020

Entre los autores que han centrado su análisis en el papel desempeñado por el factor católico en la España de entreguerras sobresale la obra de Alfon-

so Botti. El hispanista italiano ha sabido compaginar el legado de Alfonso Álvarez Bolado, Feliciano Montero –a quien dedica cariñosamente el libro–, o el más recientemente fallecido Hilari Raguer, con su extenso conocimiento de la documentación de los archivos vaticanos y un riguroso manejo de la bibliografía internacional. En su obra más reciente nos ofrece un relato exhaustivo de la posición adoptada por algunos católicos y por la Santa Sede durante la por entonces denominada guerra de España, algo menos civil y algo más internacional que los epítetos que se vincularon a ella posteriormente.–

El libro, a través del análisis concienzudo de la documentación coetánea a los acontecimientos, tiene entre sus virtudes la de desenmarañar algunos de los mitos recurrentes de la propaganda identificada con el relato de la Cruzada, como el de una sublevación militar motivada supuestamente por motivos religiosos, o el de un golpe preventivo frente a una hipotética revolución comunista. Ninguno de los edictos castrenses mostró inicialmente preocupación alguna por la cuestión religiosa, ni la Santa Sede tomó posición alguna respecto a los bandos enfrentados hasta la alocución de Pío XI del 14 de septiembre. La responsabilidad de la temprana construcción del mito de la Cruzada se concentra, pues, en la jerarquía eclesiástica española y en un cardenal primado interesado en ganar posiciones entre los sublevados. Como el autor señala, tal relato no hubiese fraguado, sin embargo, sin la oleada clerófoba desatada en el verano de 1936 en la retaguardia republicana y sin la resistencia de las autoridades republicanas para condenar sin remisión tales sucesos, convertidos así en instrumento privilegiado de propaganda de los golpistas.

De cualquier modo, el objeto del libro no es la deconstrucción de un relato de Cruzada que, como el autor bien recuerda, ya hace muchos años desmontó la obra de Southworth, y que solo algunos se empeñan en reeditar. Su mirada se centra en esta ocasión en las diversas tentativas de conciliación y mediación por la paz, protagonizadas entonces por aquellos católicos que, residentes en los países democráticos, contemplaban con angustia el derramamiento de sangre y clamaban ante las cancillerías de los gobiernos y ante la Santa Sede para frenar la incruenta tragedia. El estudio de los fondos docu-

mentales del archivo Luigi Sturzo, del que el autor ya hizo gala de extenso conocimiento en una obra imprescindible como *Luigi Sturzo e gli amici spagnoli. Carteggi (1924-1951)* (Modena: Soveria Mannelli, Rubbettino Editore, 2012) permite que nos adentremos en los denodados esfuerzos de aquellos que, apelando a su fe, pretendieron alcanzar la paz en el violento panorama de la Europa de entreguerras. Si el cardenal Gomá se identificó así con el paradigma de la Cruzada, el sacerdote e intelectual italiano exiliado en Londres desde 1924, y el español Alfredo Mendizábal desde París, enarbolaron la campaña pública orquestada por los *Comités por la paz civil y religiosa de España*, que desde abril de 1937 –antes de la publicación de la autodenominada Carta Colectiva de los obispos españoles– se conformaron en Francia, Suiza o el Reino Unido; la cara más visible –aunque no la única– de la movilización pública en pro de unas negociaciones para alcanzar una mediación internacional, que, de manera más o menos discreta, se vinieron realizando entre las diversas cancillerías y cuerpos diplomáticos.

Como queda patente a lo largo de la obra, entre los motivos que no hicieron posible la paz influyó, en primer lugar, el rechazo de tales iniciativas por un bando franquista y una buena parte de la jerarquía eclesiástica española que entonó las virtudes de un catolicismo intransigente, cuando no totalitario, y tachó de traidora aquella Tercera España. Tampoco ayudó el escaso interés que despertaron las propuestas de mediación entre los gobiernos republicanos; y, de manera no menos relevante, la posición de un Pío XI que, sin cerrarse a contemplar ninguna de las posibilidades en liza, había optado ya por uno de los bandos para garantizar los intereses estratégicos de la Iglesia. Tal y como comprobó Giuseppe Pizzardo, en la primavera de 1937, en su periplo entre Bruselas, Londres y Lourdes, en nombre de una Secretaría de Estado dirigida por Pacelli, mantener distancia frente a la Junta de Burgos –no reconocida de manera oficial hasta mayo de 1938– y promocionar labores de mediación humanitaria para evitar bombardeos aéreos sobre la población civil o una represión en la retaguardia que alcanzaba a los propios católicos –vascos y catalanes prioritariamente–, no significaba respaldar unas iniciativas

de mediación que implicasen la equiparación plena entre ambos bandos.

Como el autor confesaba recientemente durante la presentación del libro ante la *Asociación Española de Historia Religiosa Contemporánea* (AEHRC), los lectores que acudan al texto en busca de una interpretación de un término tan instrumentalizado políticamente –antes y ahora– como el de la *Tercera España* podrían sentirse algo decepcionados. Quizás hubiese sido una buena ocasión para adentrarse en el papel que tal vocablo desempeñó entonces en manos de su principal promotor, un Salvador de Madariaga que, pese a su escasa convicción en la propuesta mediadora, ejercería la presidencia de aquel comité español por una paz civil y religiosa. La lectura del texto suscita, a su vez, algunas incógnitas, entre las que podrían citarse la posible relación entre tales iniciativas y la actividad desplegada en Friburgo por los seguidores de Ángel Herrera y los dirigentes de Pax Romana; o con las acciones concertadas por los aliados de Gil Robles desde su exilio en Lisboa.

De cualquier modo, es en las conclusiones donde el autor muestra su sagacidad para interpretar la concatenación de los sucesos y las decisiones tomadas por sus protagonistas, condicionados por un patrimonio de agravios y desagravios previos y por el incierto panorama de la Europa de entreguerras. La atención depositada en las acciones y el relato propagandístico diseñado por el cardenal Gomá durante la contienda, podrá compaginarse ahora con el análisis de la acción pública y privada desplegada, desde ópticas bien distintas, por eclesiásticos como Sturzo, el cardenal Vidal o el sacerdote Alberto Onaindía, o por intelectuales católicos como Maritain, Mendizábal, Ruiz Manent o Sugranyes de Franch, quien solo algunos años más tarde se convertiría en secretario general de Pax Romana. Que una cuestión tan extraordinariamente compleja y relevante como la de la búsqueda de la paz en medio del fragor de la batalla se nos presente ahora a través de un relato tan riguroso como fascinante, es siempre una excelente noticia.

José Ramón Rodríguez Lago
Universidad de Vigo